Felipe de Játiva donde se reforzó con tropas de Cataluña y de Teruel. Al mismo tiempo se le acercaba José con 12.000 hombres, algunos de ellos españoles juramentados. Tambien se aproximaba Maupoint con alguna fuerza despues de haber perdido en el camino mas de 300 hombres y dos cañones, acometido por Villacampa. Visto lo cual por los aliados retrocedieron á Alicante, donde permaneció la mayor parte de su fuerza, pasando otras á la Mancha, á unirse con las tropas del general Hill.

Continuaba su marcha el mariscal Soult, y el dia 2 de Octubre se fijo hácia Almansa y Albacete, comunicándose ya con los ejércitos de Suchet y de José. Descansó allí algunos dias su gente harto fatigada de una marcha larga y penosa, por verse acosada incesantemente en ella, ya por las tropas y guerrillas españolas, ya por la aversion de los naturales, que á su aproximacion abandonaban las casas, y se encontraba sin víveres y mas cosas que necesitaba. Mandó entre tanto Soult al general Drouet que embistiese el castillo de Chinchilla defendido por 200 hombres mandados por D. Juan Cearra. Era el castillo bien poco fuerte: mas la guarnicion era valerosa, y su jefe un teniente coronel de ingenieros, inteligente y firme. Así, aunque en breves dias abrieron brecha los enemigos, resistióse el gobernador á los requerimientos de rendirse que le hizo Drouet; hasta que habiendo caido un rayo en el castillo el dia 8 de Octubre, que le hirió, inutilizando y matando 50 de los suyos, se vió obligado á capitular.

La regencia del reino habia dado el mando del segundo y tercer ejército, en lugar de D. José O'donell, al general D. Francisco Javier Elío, que el 22 de Setiembre tomó el castillo de Consuegra, aunque la guarnicion, que constaba casi de 300 hombres, le defendió con obstinacion. En Aragon, D. Pedro Sarsfield, nombrado comandante general de aquel reino, entró el 28 de Setiembre en Barbastro, y se apoderó de grandes acopios que custodiaban allí los enemigos. Los partidarios no cesaban de acosarlos en las dos orillas del Ebro; y hasta Zaragoza estuvo varias veces para caer en su poder. En Cataluña D. Luis Lacy, el baron de Eroles, Milans, Manso y otros jefes inquietaban á los franceses, que aburridos con una guerra tan pertinaz, se ensañaban sobre manera contra los prisioneros y los naturales; pero el general español les hacia entrar en razon, decretando represalias duras, aunque justas, que no quedaban en meras amenazas. Favorecian á los nuestros en sus operaciones cuando caian hácia la costa los buques ingleses que cruzaban por aquellas aguas.

Por el centro del reino empezaron tambien grandes movimientos. Lord Wellington salió de Madrid el dia 1.° de Setiembre, dirigiéndose á Arévalo, y dejando en la capital y sus inmediaciones algunas tropas, se aproximó con el resto del ejército á Valladolid que evacuaron los franceses. Siguieron su ruta los aliados, y en el camino se les incorporó el sesto ejército español, que constaba de 16.000 hombres, mandados por Castaños. Entraron en Burgos el dia 18 de Setiembre, y al dia siguiente empezaron á atacar el castillo, que los enemigos habian fortificado

bastante. Guarnecíanle de 2 á 3.000 hombres, y rodeaban dos líneas de reductos la colina en que está asentado. Tambien se habian establecido en el cerro de San Miguel, que domina el castillo, fortificándole y artillándole. Sin embargo lo tomaron los ingleses en aquella misma noche, aunque con pérdida, y sin haber podido impedir que la fuerza que lo defendia se refugiase en el castillo. Continuaron sus trabajos los aliados, y lograron situarse en el primer recinto. Asaltaron el segundo el dia 18 de Octubre, pero fueron rechazados. Entonces lord Wellington, conociendo que no podia tomar tan pronto el castillo, y noticioso de que se movian contra él los ejércitos enemigos, levantó el sitio del castillo el dia 22 y trató de retirarse de Burgos. Culpóse á los ingleses no haber tomado en tanto tiempo un castillo, cuya espugnacion era obra de ocho dias, si para ello tenian medios suficientes; y si no los tenian, haber empezado una empresa cuyo resultado no podia ser favorable.

Alarmados los franceses con el avance de Wellington por Castilla, combinaron un movimiento para hacerle retroceder. Debian concurrir á este proyecto los ejércitos que ellos denominaban de Portugal y el Norte, y los del Mediodía y centro. Empezaron á moverse estos últimos, camino de Madrid, dejando guarnecida á Valencia. El general Hill que estaba apostado en el Tajo con sus ingleses, con el quinto ejército español, con 6.000 infantes, 1.200 caballos y 8 cañones que de Alicante habia traido el general Elío, y á mas con la guarnicion de Cádiz compuesta de ingleses y portugueses; luego que supo el movimiento de los enemigos, se puso en marcha para Madrid, donde entró el 31 de Octubre; destruyó las fortificaciones que habian hecho los franceses en el Retiro, y voló la casa de la china con sentimiento de los vecinos, y no sin que se achacase la medida á miras interesadas. Recogió en seguida las tropas aliadas que habia en Madrid, y sus carcanías, y se enderezó á Castilla la Vieja con el quinto ejército español, volviendo Elío con su gente á tierra de Valencia y Murcia. El dia 2 de Noviembre por la tarde entró José en Madrid, contristados y melancolizados sus moradores. Volvió á salir el dia 7 con direccion á Castilla la Vieja, entrando en seguida varios partidarios, y algunas tropas del general Bassecourt. De recomendar es la conducta que en estas dos ocasiones de orfandad de la capital, abandonada de las autoridades, observó el regidor D. Pedro Sainz de Baranda, quien reasumiendo con grave esposicion toda la autoridad, conservó el órden y la tranquilidad en una villa tan populosa, con el acierto y la firmeza de sus providencias.

La retirada que emprendió lord Wellington desde Burgos, teniendo que habérselas con 80.000 infantes y 12.000 caballos enemigos, todos ellos tropa escogida, realzó mucho su nombre, ya glorioso por tantos títulos. De pueblo en pueblo, de rio en rio, seguido de cerca por el enemigo á retaguardia y por los costados, se fué retirando despacio, y aun descansando en ocasiones algunos dias, aprovechándose del vagar que para ello le daban los franceses. No esperimentaron

desfalco sus tropas; pero fué sensible la pérdida del general sir Eduardo Paget, que al atravesar con muy poco acompañamiento de una division á otra, que se habian separado demasiado, le cogió prisionero un cuerpo de caballería enemiga. Mas si de gente no hubo pérdida que de contar sea, la disciplina del soldado se relajó sobradamente en la retirada, y tanto, que el mismo Wellington decia despues en una circular á los comandantes de los cuerpos: "La disciplina del ejército de mi mando en la última campaña ha decaido hasta tal punto, que nunca he visto ni leido cosa semejante." Con el tiempo, y no se tardó mucho, remedió eficazmente el mal, asentados cuarteles de invierno en Portugal donde entró á últimos de Noviembre. El sesto ejército español se volvió al Vierzo, Porlier á Asturias, y las tropas del quinto ejército á Cáceres y puntos circunvecinos.

Durante la retirada habia recomendado lord Wellington la guarda del castillo de Alba de Tormes á D. José Miranda Cabezon con 300 hombres. Aislado este oficial en medio de los enemigos despues que se alejaron los ejércitos aliados, no por eso decayó de ánimo; antes bien hacia con sus soldados frecuentes salidas y cogia bastantes prisioneros. Intimáronle muchas veces los franceses que se rindiese, y siempre se negó con dignidad y resolucion. Defendianse los nuestros como acostumbran cuando les manda un valiente; pero conociendo el gobernador que ya no era posible prolongar por mas tiempo la defensa, quiso á lo menos salvar la guarnicion, y lo consiguió saliendo con ella del castillo la noche del

24 de Noviembre, y marchando y contramarchando por entre los enemigos qne le perseguian por todos lados. Dejó en el castillo 33 enfermos, 112 prisioneros franceses que habia hecho, y 20 hombres al mando de un teniente, á quien encargó que sostuviese el fuego por algun tiempo para que no advirtiesen los franceses la salida de la guarnicion. Tambien dejó escrita una carta al general francés que dirigia el sitio, pidiéndole para los españoles que quedaban en el castillo el mismo tratamiento que él habia dado á los franceses que habia tenido en su poder.

Retirados los ingleses á Portugal, volvió á entrar José en Madrid el dia 3 de Diciembre, siendo dificil de esplicar el acerbo sentimiento que oprimia los corazones de los madrileños al ver entrar por las puertas de la villa á tan aborrecidos huéspedes. Manifestóse empero José mas complaciente que de ordinario; mas á los leales habitantes de Madrid les era bien indiferente el agrado ó el ceño de un pseudo-monarca á quien profundamente despreciaban.

Por su parte lord Wellington, mientras llegaba el tiempo de abrir nuevamente la campaña, que segun las noticias que se recibian de la guerra en el norte de Europa, presentaba grandes probabilidades de ser la última, se trasladó á Cádiz, donde fué obsequiado por las córtes, por la regencia, y por la grandeza del reino que casi toda se hallaba reunida en aquella plaza. Presenciamos su entrada en ella, y oimos haber dicho el lord que Cádiz no era pueblo español; aludiendo, no á la falta de patriotismo que le constaba demasiado, ni tampoco de afecto á su persona de

que estaba bien persuadido, sino á la gravedad esterior con que fué recibido en la ciudad, como es costumbre en todo pueblo comerciante y cosmopolita, cuando en los demas pueblos del reino era recibido con aclamaciones y aplausos estrepitosos, bullicio y algazara: otra cosa fué cuando se presentó en el teatro: fué el aplauso tan vivo, tan general, tan repetido, que no es fácil concebir otro mayor. Las córtes le concedieron sentarse en su seno, y el lord leyó un discurso en castellano, á que contestó el presidente con bastante dignidad.

Ya antes de llegar á Cádiz, y cuando andaba en su espedicion de Castilla, habian decretado las córtes que se le confiriese el mando en jefe de todos los ejércitos españoles para la mas conveniente unidad en las operaciones militares. No á todos agradó esta medida, creyendo con ella ofendido el honor nacional, como si no hubiese en España ningun general, á quien pudiese conferirse el cargo que se daba á un estranjero. El que mas á las claras manifestó su disgusto, fué el general Ballesteros, capitan general entonces de Andalucía y del cuarto ejército. Representó al gobierno contra aquella disposicion, diciendo que antes de llevarla á efecto se debia consultar á los ejércitos y á los pueblos; añadiendo, que si los demas aprobaban la resolucion, él por su parte se retiraria del servicio. La regencia le separó del mando del ejército, y le destinó de cuartel á Ceuta, dándole por sucesor al príncipe de Anglona, sin oposicion, pero con sentimiento de las tropas de Ballesteros muy apegadas á su general. La aptitud de lord

Wellington para trazar y seguir con acierto un plan de campaña, en que operasen numerosos ejércitos, estaba ya suficientemente comprobada: no así la de ninguno de nuestros generales, porque no habian tenido ocasion de manifestarla como el inglés; y no era prudente hacer la esperiencia, á riesgo de que no fuese satisfactoria. El bien general se sobrepuso al puntillo de honor, y al incoveniente de entregar el mando de las armas á un estranjero, á quien no se podia exigir responsabilidad alguna, y que por otra parte tenia que cumplir con las órdenes de su gobierno, tal vez contra el tenor de las del nuestro.

Detúvose poco Wellington en Cádiz, y desde allí pasó á Lisboa, sumamente festejado en los pueblos portugueses del tránsito. Mientras su estancia en Cádiz, acordó con la regencia el plan de la campaña próxima, dando tambien el gobierno español diferentes disposiciones para el mejor arreglo de las cosas militares. Entre ellas, fué una la de reducir los siete ejércitos nacionales á cuatro de operaciones y dos de reserva. El primero era el de Cataluña; su general D. Francisco Copons y Navia: el seguudo lo formaban los que eran segundo y tercero, al mando de Elío: el tercero á las órdenes del duque del Parque, era el cuarto anterior; y los que antes eran quinto, sesto y sétimo, componian ahora el cuarto, al mando de Castaños. Para la reserva se mandaba formar uno en Andalucía y otro en Galicia, el primero á las órdenes del conde de Abisbal, y el segundo á las de Lacy, quedando bajo el inmediato mando de lord Wellington 50.000 hombres de todas estas tropas.

Como nuestro intento es únicamente referir, y compendiosamente, los sucesos militares en esta guerra, no haremos mas que indicar los hechos de otra naturaleza que ocurrieron en el último periodo que acabamos de describir.

Ocupábanse las córtes en asuntos varios que produjeron resoluciones, ya aplaudidas, ya censuradas, segun la opinion é intereses de cada uno. La que entre todas metió mas ruido fué la abolicion del tribunal de la inquisicion, como incompatible con la Constitucion, restableciéndose la ley de Partida para las causas de fé; y mandando las córtes que se leyese el decreto por tres domingos consecutivos en todas las parroquias. Mandaron tambien las córtes que no se restableciesen los conventos arruinados; que no se permitiesen los que tuviesen menos de doce religiosos profesos; que no hubiese en cada pueblo mas de un convento del mismo instituto; que no se diesen de nuevo hábitos, y que no se restableciesen mas comunidades que las que habia consentido la regencia; todo interinamente hasta que se tomase por las mismas córtes una medida general.

Estas dos determinaciones de las córtes, especialmente la primera, disgustaron á los párrocos de Cádiz, al cabildo de aquella iglesia catedral, y al vicario general de la diócesis sede-vacante, que entregaron tres esposiciones á la regencia, y esta las pasó á las córtes, contra lo mandado acerca de leer en las parroquias el decreto de abolicion de la inquisicion. Tambien representó contra lo mismo, y contra la abolicion del Santo Oficio, el nuncio de S. S. La regencia entre tanto no habia tomado providencias para que se cumpliese lo mandado por las córtes; conducta que desazonaba á los diputados liberales. Tambien les dolia, y les causaba serios recelos, el haber separado la regencia dos dias antes á D. Cayetano Valdés, gobernador militar y jefe político de Cádiz, en quien tenia la mayor confianza. Unidos estos hechos á otros incidentes que habian ocasionado bastante divergencia y desvío entre los dos cuerpos, fueron causa para que las córtes determinasen que se encargasen de la regencia provisional los tres consejeros de estado mas antiguos. Éranlo el 1º D. Pedro Agar, el 2º D. Gabriel Ciscar y el 3º el Cardenal Borbon, á quien sin embargo nombraron las córtes presidente de la regencia, en atencion á su elevado nacimiento, y proximidad al solio pontificio.

Quedó instalada la regencia el dia 8 de Marzo; y al momento repuso en el mando á D. Cayetano Valdés: el dia 22 fué nombrada en propiedad. Seguia y cundia mucho la oposicion á los decretos de las córtes sobre cosas eclesiásticas: á pesar de todo, se leyó desde el dia 9 en las iglesias con suma quietud el decreto de abolicion de la inquisicion; mas por la anterior resistencia se formó causa al vicario capitular y á otros tres canónigos de Cádiz, que fueron espulsados de aquella ciudad. Tambien mandó la regencia salir de estos reinos al nuncio de S. S., con quien habian pasado contestaciones graves sobre el mismo asunto.

Habiase empezado en el año de 1811 una negociacion con la Inglaterra que tenia por objeto la pa-

cificacion de las provincias disidentes de América. Siguió la negociacion en el de 1812, y aunque lánguidamente, tambien por algunos meses de 1813; pues tanto la regencia como las córtes, vieron que la Inglaterra queria convertir la mediacion en provecho propio, y por último se abandonó el proyecto.

En Julio de 1812 se celebró un tratado de amistad y alianza con la Rusia, por el cual el emperador Alejandro reconocia la legitimidad de las córtes y de la Constitucion que habian formado. En los mismos términos se formó otro con el rey de Suecia (Bernadotte): mas adelante en el año de 1814 reconoció el Austria el gobierno de la regencia, y el rey de Prusia celebró con ella un tratado parecido al de Rusia y Suecia.

Tambien en este año de 1812 felicitó á las córtes por haber publicado la Constitucion la infanta Carlota desde Rio Janeiro. Solicitó al mismo tiempo por el conducto de sus apasionados la regencia del reino: pero estos tuvieron la imprudencia de proponer en las córtes que nombrada regente pasase á México antes de venir á España, para poner en paz y proveer al buen gobierno á las provincias de América levantadas. Vieron muchos diputados, aun de los adictos á la infanta, gravísimos inconvenientes en tal propuesta; esperimentó ésta recia oposicion, y desistieron sus autores.

CAPITULO XIX.

Situacion respectiva de los ejércitos combinados.—Varios choques del ala izquierda del cuarto ejército.—Defensa de Castro Urdiales: lo toman los enemigos, pero se salva la guarnicion.—Acciones ventajosas de Mina en Navarra.—Fermin Leguia sorprende con 15 hombres el castillo de Fuenterabía.—Las tropas de Cataluña persiguen á los franceses hasta dentro de Francia.—Accion de Llauder en el valle de Rivas. Segundo ejército: accion de Yecla: id. de Castalla.—Avanzan de nuevo por Castilla los ejércitos combinados.—Evacua José á Madrid.—Los franceses en el Ebro.—Batalla de Vitoria: sus resultados.—Evacuan los franceses á Zaragoza.

Durante el invierno de 1813 estuvieron descansando y rehaciéndose en sus cuarteles de Portugal los anglo-lusitanos, y adiestrando y mejorando sus ejércitos los españoles, escepto donde tenian que venir á las manos contínuamente con los franceses por estar unos y otros entremezclados, bien que este mismo diario ejercicio les servia de instruccion militar. Preparábase para la primavera próxima una campaña cuyo fin habia de ser el de una guerra tan larga y porfiada, y el afianzamiento de la independencia de la nacion.